

FINAL. VISIONES. PUEBLOS. GUERRAS.

LANGOS CAMPOS

ILUSTRADO POR TOMAS HIJO



SUEÑOS. MENTIRAS. AMORES. PRINCIPIO.



EL REY  
SONÁMBULO

LLANOS CAMPOS



ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURASM•COM

Primera edición: octubre de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Llanos Campos, 2019
© de las ilustraciones: Tomás Hijo, 2019
© Ediciones SM, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-169-1
Depósito legal: M-23980-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Aurora, Rosenda, Carmen, Arancha, María,
Juani, Haydee, Vera, Claudia, Laia.*

*Para Angelita, Tita, Beatriz, Maty, Ángela,
Isabel, Pepi, Virginia, las dos Violetas.*

Para Josefa, Marijose, Conchi, Marina.

*Para Reme, Luisa, Marian, M.^a José, Rosa,
Carolina, Llanos, Teresa, Mary.*

Para la Chinita.

*Para todas las mujeres fuertes y valerosas
que me rodean.*

CAPÍTULO UNO



ace días que el rey Noerem camina muerto. Todavía nadie lo ha notado. Porque sus pies lo llevan, su mano parece firme, sus ojos aún tienen el brillo de los que miran y ven.

No, nadie lo sabe. Solo él.

Él lo sabe y no habla.

Sigue el sol en el mismo sitio, trazando su arco sin detenerse del este al oeste; siguen los Cuatro Gigantes sosteniendo el cielo sobre las cabezas de los Oomrim. Nada ha cambiado, y todo ha cambiado; eso piensa el Rey de Todos mientras siente en su nuca el aliento del Lobo Negro que ha venido a reclamar su alma.

Sí, ya ronda su casa aunque nadie más puede verlo, ya le sonrío en la oscuridad con los dientes llenos de carne putrefacta. Ya le ha mordido; por eso el rey sangra, por eso su orina es roja, de fuego.

No hizo falta preguntar a los Ancianos la naturaleza del mal que lo desgarró. Lo conoció antes, de niño, cuando esta misma maldición se llevó, amortajado en vergüenza, a su padre.

Por eso, Noerem, rey de los Cinco Clanes de los Oomrim, sabe que está definitivamente muerto, y que lo que queda es apenas un trámite banal antes de no volver a cerrar los ojos nunca más. Su nombre está ya escrito en el hielo, allí arriba, en el Huur, el Gran Padre. El tiempo se agota...

Y piensa ahora que tal vez se creía inmortal. Sí, tal vez sí. Quizá creyó que la muerte era cosa de otros, o que estaba escrita lejos, en un futuro que aún no puede ni concebir.

Pero aquí viene. Baja caminando lentamente desde la cima del Huur, lo señala con su dedo implacable, susurra su nombre en el aire que mueve el frío nocturno.

No hay nada que hacer; el futuro desaparece, y el pasado abre su boca enorme para tragárselo.

En eso piensa ahora el rey de los Oomrim mientras la muerte sale de su cuerpo, disuelta en su propia sangre, demasiadas veces al día.

Deambular difunto por el mundo es un oficio triste. Noerem camina despacio por el poblado de casas redondas hechas de piedras irregulares, con el tejado de troncos y ramas. Sale a errar por la tundra en soledad; ya ni el sueño ni la bebida calman su alma, que ha empezado el largo camino hacia el otro mundo y hace oídos sordos a las cosas de este. Mira a los hombres del Hacha, compañeros hasta hace poco de fiestas y cacerías, y se siente extraño; los muertos se sienten irremediamente abandonados.

Quizá sería sencillo dejarse ir, descansar, ocupar su sitio al lado de los reyes de Oomralar allá, en el frío...

Pero en el salón circular de su casa, sentado en el trono de troncos sin pulir que acogió a todos los reyes de Oomralar hasta llegar a él, ha decidido que todavía no puede rendirse.

No, no puede.

Porque a sus pies juega su hijo Valjar; aún no tiene dos años y está en el centro de un huracán que han desatado las fuerzas inamovibles del azar.

Muchas desgracias se han aliado para ello; muchos acontecimientos se han sucedido, irremediables y vertiginosos, para dejar a ese niño sobre un suelo que cruje y se agrieta bajo su leve peso como el hielo en primavera. Apenas un cachorro entre fieras.

Por él Noerem permanecerá en pie; por él pasará sobre el dolor y sobre la sangre; por él aguantará las dentelladas feroces del Lobo Negro que busca llevarse su alma.

No, todavía no es posible.

Perderá la batalla, sin duda, pero puede dilatar la lucha.

Así que muerto preside la mesa, muerto dirime disputas, muerto departe con los Ancianos; muerto a la vista de todos bajo la corona de Oomralar.

Y hoy, negándose en secreto a entrar en su propia tumba, el rey Noerem recibe al clan del Hielo. El Aar del clan, el viejo Zústar en persona, encabeza la delegación. No es una visita de cortesía.

El grupo entra en la casa del Aar del clan del Hacha, rey hoy de los Oomrim. Son diez guerreros armados, feroces, esculpidos por el duro frío del norte, de cabello rubísimo y con la tez ennegrecida por el reflejo del sol. Ocultan sus ojos tras los antifaces que los hombres del Hielo usan para protegerse de la luz de la nieve, de modo que todos miran ahora al rey desde detrás de las delgadas líneas horadadas en el hueso. Escoltan a Zústar, quien, con la espalda encorvada y los miembros atrofiados por los años y las desgracias, camina no sin dificultad al encuentro de Noerem.

–Salud, Rey de los Cinco Clanes –dice el anciano, pero no se inclina.

–Salud, Zústar –responde el rey con su voz de difunto–. ¿Qué te trae a mi casa? He sabido que tu gente prospera a pesar del invierno, allí, al norte. Y que el Amo del Hielo solo ha reclamado para sí algo de pescado. Un buen año, Aar.

–Un buen año, rey Noerem –asiente Zústar sin parpadear–. Pero no vengo a hablar de pescado ni tampoco de mi clan. Vengo en nombre de muchos: de los cuatro clanes que hoy no reinan. Esas son las voces que traigo, Rey de Todos.

Noerem permanece en silencio, esperando la duda, tal vez el temor en los ojos del Aar del clan del Hielo. Pero el anciano no titubea; tal vez sí traiga detrás a los otros clanes.

–¿Y qué queréis decirme tú y todos esos que hoy no te acompañan? –pronuncia despacio el rey.

–Corren rumores, señor –responde el anciano.

–¿Rumores me traes, en nombre de tanta gente? –Noerem pasea la mirada por los guerreros del Hielo–. Es mucha comitiva para tan poco.

–Pues vengo a decirte que esas habladurías han de ser desmentidas –responde, rotundo, Zústar–. Ya da igual si son ciertas o no: todos los clanes están inquietos.

–El clan del Hacha vive tranquilo –replica Noerem.

–Sí, tu clan puede hacerlo; pero no los demás, porque se dice que se está gestando una injusticia aquí mismo, en estas piedras que piso.

–¿En mi casa? –trata de alterarse Noerem, aunque apenas lo consigue–. Cuida tu lengua, Aar; estás muy cerca de ofender a tu rey.

Los hombres de Zústar se remueven, nerviosos, y el aire se enrarece en la sala.

–Solo habrá ofensa si es mentira –dice despacio Zústar sosteniendo la mirada de Noerem–, y entonces te pediré perdón –duda un momento y baja los ojos hacia el pequeño Valjar–. Tu hijo...

Esa mención saca a Aleere, la madre del niño, del mobiliario de la estancia. Invisible hasta entonces, con la vista pegada a la tosca piedra del muro, la muchacha se acerca a Valjar; es casi una niña rubia, muy delgada, vestida con una sencilla túnica parda y con unos ojos azules que en algún tiempo (antes, en otra vida más feliz) fueron hermosos. Toma en brazos al pequeño y sale con él del salón.

Noerem los ve marcharse y después se gira hacia Zústar.

–A partir de aquí –le dice con una calma que estremece–, te recomiendo que midas muy bien tus palabras, Aar. Nada tiene que ver mi hijo con tus problemas.

–Eso espero de corazón, Rey de Todos –responde Zústar sin amilanarse–. Espero que sea mentira lo que se cuenta;

que no se te haya ocurrido pensar que la corona que ahora ostentas, a tu muerte, pase a su cabeza.

–No le corresponde reinar –replica simplemente Noerem–. Todo el mundo sabe eso. La corona de Oomralar pasa de clan a clan siguiendo el camino del sol. Así fue siempre y así será ahora.

–Exacto, rey –apunta el viejo Zústar, retador–: después de ti, la corona debe ser para el clan del Hielo.

–¿Y es culpa mía que en tu casa solo tú, viejo tozudo, te niegues a morirte? Larii y Beanir; dos hijos fuertes y valerosos te dio tu esposa y, sin embargo, te empeñaste en vivir más que los dos. No tienes heredero; pero de eso no puedes culparme a mí y, por supuesto, tampoco a mi hijo.

–¡Pues recaiga en mí la corona! –eleva la voz Zústar–. ¡Tu hijo no puede reinar!

Noerem se levanta y la sala se empequeñece. Alto, musculoso, viste como cualquier Oomrim: con pieles que componen toscamente sus pantalones, su casaca y sus gruesas botas; pero hoy lleva el peto de escamas de hierro que el rey luce en las ceremonias y en las batallas. Con el largo pelo rubio encanecido y sus facciones de feroz guerrero surcadas de arrugas, da un paso hacia el anciano, y sus hombres, inconscientemente, dan un paso atrás.

–¡No lo espero, viejo testarudo! –grita, y todo en la sala vibra–. Pero sé a qué vienes. Los clanes no aceptarán que reines tú, anciano; apenas puedes sostenerte en pie, y mucho menos levantar el hacha para luchar contra la rapiña del Amo del Hielo cuando baja a nuestras tierras o empuñar la espada para hacer valer tu derecho a la corona, si preciso fuera.

–¡Tiene que ser! –eleva la voz también el Aar del Hielo, y eso casi lo derriba–. Ninguno de los otros clanes puede proponer otro heredero. El Aar del clan de la Roca, Lereem, solo tiene a Moroin, que apenas puede mantener la saliva dentro de su boca y necesita que las mujeres lo bañen y lo

alimenten como a un recién nacido. En el clan del Final, la esposa de Voldoi solo ha parido hembras. Y Alier, del clan del Lobo, ni siquiera tiene eso.

—¿Y es por mi causa? ¿O por la de mi hijo? —el rey avanza—. Reúne a los Ancianos y explica entonces tus razones; si te la conceden, para ti será la corona de Oomralar. Por los Cuatro Gigantes que sostienen el cielo lo juro; que ni tú ni los que detrás de ti se esconden teman por eso. Díselo a todos los que quieran saberlo, y no vuelvas a mi casa para hablar de conspiraciones.

Se acerca dos pasos más al anciano y parece crecer. Lo mira fijamente y baja la voz para dejar justo delante de su cara una amenaza:

—Y si tú, o cualquier Aar de los otros clanes, volvéis a poner en vuestra boca el nombre de mi hijo, ten por seguro que os demostraré quién es todavía el rey de los Oomrim. Y no será agradable —da un paso atrás y mira a los guerreros del Hielo—. Ahora vete y llévate a tus hombres. Más valdría que estuvieran protegiendo tu clan, o cazando; el invierno aún será largo.

Zústar retrocede, pero no deja de mirar al rey.

—Convoca, pues, a los Ancianos —dice el viejo encorvado, desafiante—. Los Aar de los cuatro clanes acudirán. Quiero que repitas tus palabras delante de ellos, de todos. Y entonces, yo haré valer mi derecho.

—¿Y así te quedarás tranquilo, viejo desconfiado? —repite Noerem, repentinamente tranquilo.

—Sí —contesta el anciano.

—Nada más fácil, entonces —sentencia el rey—. De aquí en seis días, convocaré a los Ancianos y a todos los Aar. Tú, Zústar, quedas convocado desde este instante.

Con un prematuro brillo de triunfo en la mirada, el Aar del clan del Hielo sale de la habitación con sus hombres.

Tras unos instantes, Noerem se levanta y sale al patio por la puerta de atrás. Le arde el bajo vientre. Apoyado en la

tapia trasera, suda y aprieta los dientes mientras la orina roja sale de su cuerpo a intervalos punzantes. Después, la cubre de tierra con el pie y jadea esperando a que ceda el dolor.

Mira su casa; el hogar de los suyos desde el principio del mundo. E imagina allí una vida tranquila para su hijo como Aar del clan del Hacha. Sabe que él no podrá verla; ha necesitado tres esposas y muchos años para traer al mundo el hijo que siempre ansió, y ahora que al fin...

No lo verá crecer, no podrá enseñarle a manejar la espada ni a cazar en la tundra. No lo verá convertido en un hombre, no podrá protegerlo en los inciertos días que se avecinan.

Seguramente Noerem no lo sabe; pero eso que experimenta, esa premura, ese desasosiego, nace de un sentimiento tan nuevo en él que no puede ponerle nombre. Por eso le desconcierta. Eso que su hijo despierta en su pecho es un calor que nunca antes sintió. Tal vez (quién sabe) de niño...

Pero mira a Valjar y siente que podría arrancarlo de las fauces mismas del Amo del Hielo con sus manos desnudas; que, si preciso fuera, le daría de beber su sangre y lo alimentaría con su propia carne; que dejaría caer el cielo de los hombros de los Cuatro Gigantes, si eso fuese lo que su hijo precisara. No es capaz de pensar en una sola cosa que no hiciese por él.

Pobre.

Pobre rey de los Oomrim.

Todavía ignora que la suerte de ese niño no está en sus manos. Que nació por un motivo que nada tiene que ver con el devenir de los Cinco Clanes.

Alguien, muy lejos de Oomralar, en ese mismo momento, pronuncia el nombre de Valjar y lo empuja al centro del tablero.